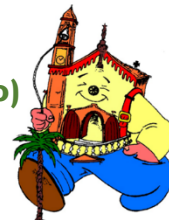




Parroquia Sagrado Corazón de Jesús (san Diego)
Cartagena
RECURSOS LITÚRGICOS



SOLEMNIDAD DE LA ASCENSIÓN Ciclo C.

1ª Lectura

Lectura de los Hechos de los apóstoles (1, 1-11)

En mi primer libro, querido Teófilo, escribí de todo lo que Jesús fue haciendo y enseñando hasta el día en que dio instrucciones a los apóstoles, que había escogido, movido por el Espíritu Santo, y ascendió al cielo. Se les presentó después de su pasión, dándoles numerosas pruebas de que estaba vivo, y, apareciéndoseles durante cuarenta días, les habló del reino de Dios. Una vez que comían juntos, les recomendó: "No os alejéis de Jerusalén; aguardad que se cumpla la promesa de mi Padre, de la que yo os he hablado. Juan bautizó con agua, dentro de pocos días vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo."

Ellos lo rodearon preguntándole: "Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?" Jesús contestó: "No os toca a vosotros conocer los tiempos y las fechas que el Padre ha establecido con su autoridad. Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines del mundo." Dicho esto, lo vieron levantarse, hasta que una nube se lo quitó de la vista. Mientras miraban fijos al cielo, viéndolo irse, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: "Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que os ha dejado para subir al cielo volverá como le habéis visto marcharse."

Salmo responsorial: 46

Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas.

Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas.

Pueblos todos batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo; porque el Señor es sublime y terrible, emperador de toda la tierra. **R.**

Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas; tocad para Dios, tocad, tocad para nuestro Rey, tocad. **R.**

Porque Dios es el rey del mundo;
tocad con maestría. Dios reina sobre las naciones,
Dios se sienta en su trono sagrado. **R.**

2ª Lectura

OPCIÓN A

Lectura de la carta a los efesios (1, 17-23)

Hermanos: Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo. Ilumine los ojos de vuestro corazón, para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos, y cuál la extraordinaria grandeza de su poder para nosotros, los que creemos, según la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo, resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha en el cielo, por encima de todo principado, potestad, fuerza y dominación, y por encima de todo nombre conocido, no sólo en este mundo, sino en el futuro. Y todo lo puso bajo sus pies, y lo dio a la Iglesia como cabeza, sobre todo. Ella es su cuerpo, plenitud del que lo acaba todo en todos.

Palabra de Dios

OPCIÓN B

Lectura de la carta a los hebreos (9, 24-28; 10, 19-23)

Cristo ha entrado no en un santuario construido por hombres -imagen del auténtico-, sino en el mismo cielo, para ponerse ante Dios, intercediendo por nosotros. Tampoco se ofrece a sí mismo muchas veces -como el sumo sacerdote, que entraba en el santuario todos los años y ofrecía sangre ajena; si hubiese sido así, tendría que haber padecido muchas veces, desde el principio del mundo. De hecho, él se ha manifestado una sola vez, al final de la historia, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo. Por cuanto el destino de los hombres es morir una sola vez. Y después de la muerte, el juicio. De la misma manera, Cristo se ha ofrecido una sola vez para quitar los pecados de todos. La segunda vez aparecerá, sin ninguna relación al pecado, a los que lo esperan, para salvarlos. Hermanos, teniendo entrada libre al santuario, en virtud de la sangre de Jesús, contando con el camino nuevo y vivo que él ha inaugurado para nosotros a través de la cortina, o sea, de su carne, y teniendo un gran sacerdote al frente de la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero y llenos de fe, con el corazón purificado de mala conciencia y con el cuerpo lavado en agua pura. Mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos, porque es fiel quien hizo la promesa.

Palabra de Dios

EVANGELIO

Lucas 24, 46-53

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Así estaba escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto. Yo os enviaré lo que mi Padre ha prometido; vosotros quedaos en la ciudad, hasta que os revistáis de la fuerza de lo alto." Después los sacó hacia Betania y, levantando las manos, los bendijo. Y mientras los bendecía se separó de ellos, subiendo hacia el cielo. Ellos se postraron ante él y se volvieron a Jerusalén con gran alegría; y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios.

MONICIONES Y ACCIÓN DE GRACIAS.

Monición de entrada

Llegamos al domingo de la ascensión. En este día la Iglesia celebra la despedida del Señor de este mundo. Cristo resucitado regresa al Padre, pero no nos deja solos, pues nos promete el envío del Espíritu Santo. A la espera de la celebración de Pentecostés, vivamos con responsabilidad el reto de continuar aquí y ahora el encargo que Jesucristo dejó en nuestras manos.

Monición a las lecturas

Las lecturas de este día son todos los años las mismas, estando centradas en la ascensión del Señor, narrada tanto en el libro de los Hechos de los apóstoles como en el evangelio de Lucas. La opción de elegir entre dos textos del nuevo testamento para la segunda lectura nos ayuda a profundizar en el significado de la partida de Jesucristo de este mundo, pues Él nos marca el camino a seguir, no sólo en la tierra, sino también de cara al destino final, en nuestra verdadera patria.

ORACIÓN DE LOS FIELES (preces)

1. Por la Iglesia, para que guiada por el Espíritu de Jesús mire al mundo con misericordia y responda a los retos de nuestro tiempo. ROGUEMOS AL SEÑOR.
2. Que aquellos que tienen las llaves que abren los procesos de reconciliación entre los pueblos encuentren la sabiduría y el valor suficiente para iniciar los caminos de la paz en el mundo. ROGUEMOS AL SEÑOR.
3. Por todos los grupos de fe y de catequesis en nuestra parroquia, para que en esta recta final del curso recapitulen todo lo vivido y descubran la gracia que Dios ha derramado sobre nosotros. ROGUEMOS AL SEÑOR.
4. Que ante la ausencia de los seres queridos no caigamos en la tentación de la soledad o la desesperanza, sino que sepamos afianzar la alegría de la vida y la espera activa en la resurrección. ROGUEMOS AL SEÑOR.
5. Que nuestro testimonio ante un mundo alejado de Dios sea creíble y atractivo, de manera que vaya creciendo el número y la calidad de nuestra fraternidad. ROGUEMOS AL SEÑOR.

Acción de gracias.

*Subes a lo más bajo de nuestro ser,
asciendes a las profundidades de lo humano
para elevar desde las simas más oscuras
esta creación hecha girones
por las torpes manos que tú mismo modelaste
a imagen de las tuyas.*

*Tus ángeles enderezan la entumecida cerviz
de un pueblo inmóvil que mira al cielo
olvidándose de mirar la tierra.
Y mientras pretendemos retenerte ávidamente
te nos vas para quedarte de mil maneras.*

*Llamamos ausencia al anhelo
que dejaste sembrado en nuestras almas,
pero es presencia verdadera de tu Espíritu
nutriendo y avivando un fuego que no se apaga
en las enredadas zarzas de nuestra esencia.*

*Así nos sobreviene cada día
el que dicen que bajó a la tierra,
cuando en realidad emergió de ella.
Ahora asciende y se regresa de nuevo
a un reino al que abrió las puertas
para que sus caminos forjados el mundo
traspasen las tinieblas
y presto lleven a una patria
a la que, por fin, llamemos nuestra.*

HOMILÍA

Estamos acostumbrados a imaginar la ascensión de Jesús a los cielos como una especie de despegue vertical, como si Cristo fuera un cohete que se eleva hasta el universo dejándonos aquí en la tierra. Esta imagen, tan frecuente en la imaginería religiosa cristiana, no sólo no es histórica, sino que espiritualmente es perniciosa. En realidad, la ascensión forma parte del misterio central de nuestra fe, que es la resurrección. Tal es así, que hasta el siglo V, la resurrección y la ascensión eran misterios conmemorados el mismo día; dicho de otra forma, Jesucristo asciende a los cielos al mismo tiempo que resucita. Esta ascensión no significa un alejamiento o una elevación física y visible, sino la culminación de su paso por este mundo (pascua) y su “regreso” definitivo a la derecha de Dios Padre.

El Jesús resucitado, ya es el Cristo ascendido a los cielos. Su aparición con signos y señales tras la resurrección, así como su mensaje, sin romper con el Jesús de antes de la cruz, están definitivamente inundados de eternidad; de ahí que los discípulos no le reconozcan en un primer momento. Este es el simbolismo de la “nube” que aparece en el relato de los hechos de los apóstoles. Una nube puede ser vista pero que curiosamente nubla nuestra propia visión de la auténtica realidad. Podemos incluso estar dentro de ella, pero no podemos retenerla ni explicarla. Cristo resucitado se aparece ante sus discípulos, pero la incapacidad de estos para entender lo eterno les hace percibirlo como una “nube” inaccesible y misteriosa. Es sin duda una experiencia real. No se trata de espejismos, de sugerencias colectivas, de proyecciones o meros montajes para superar el fracaso de la cruz. Existe una experiencia real y transformadora que ocurre en el interior de los discípulos. Tal experiencia es puesta por escrito siguiendo los esquemas y géneros literarios de aquella época; tales géneros ya habían sido usados en la biblia (por ejemplo, en el pasaje en el que Elías es arrebatado por un carro de fuego) y que son también parte del legado cultural greco-romano como demuestran otros muchos escritos paganos de la época.

Esta experiencia religiosa no es algo del pasado. Nosotros, como discípulos de Jesús, somos herederos de esta experiencia de fe si sabemos acogerla y superamos la tentación de quererlo filtrar todo por nuestra mentalidad positivista o por la lógica racional. La fe está más allá de toda forma de comprensión y nos invita a entrar en esa nube desde la que la silueta de Jesús nos es arrebatada (tal vez para que no caigamos en la tentación de dominarla), dejándonos sus palabras y la promesa del Espíritu que siempre estará con nosotros para enseñarnos la verdad.

En realidad, la ascensión de Jesús no es una salida de este mundo, sino el comienzo de la llegada definitiva de Dios. Aunque nosotros tengamos que situarlo todo dentro de las categorías del tiempo y del espacio, estas categorías no limitan a Dios. Es por ello que, muerte, resurrección, accesión y efusión del Espíritu santo, son para nosotros momentos temporales y espaciales diferentes, mientras que para Dios son un único y permanente instante en el que volcar todo su amor para la salvación de su creación y la erradicación definitiva del mal y de la muerte.

Hemos de superar la tentación de querer comprenderlo y explicarlo todo, así como la actitud maximalista de considerarlo todo mentira por el mero hecho de que lo narrado no entre dentro de nuestros criterios científicos históricos. Una vez hecho esto y comprendido que el Evangelio está cargado de una mística profunda y de una enseñanza que desborda la razón humana sin negarla, estaremos en disposición de entender que la Palabra de Dios no es sólo un libro, sino una corriente de vida en nosotros. Estamos llamados también a ser testigos de los misterios salvíficos, incluida la ascensión, no meros espectadores o lectores de historias bíblicas “increíbles”.

La enseñanza de la ascensión se manifiesta en una misión que se ha desplegar en dos momentos: el primero es el “id” con que Cristo ordena a los creyentes extender este mensaje; el segundo es “creer y bautizarse”, parte que corresponde al que recibe el mensaje de salvación, el cual debe ser aceptado para que esta libertad sea real.

El “id”, es un envío que ya no se circunscribe sólo a Jerusalén, como en un principio, sino que Jesús extiende de forma centrífuga desde Judea a Samaría y desde Samaría al resto del mundo. De esta manera, el pueblo elegido no pierde su condición de elegido, sino que la comparte y la extiende con los demás pueblos de la tierra. De no hacerlo sí que perdería tal gracia, pues lo que no se da siempre se termina perdiendo. De la misma forma, el creyente que guarda su fe, la termina perdiendo. La fe sólo madura y fructifica cuando se comparte asumiendo el riesgo de no vivir protegidos. Para Dios, todos los pueblos son “pueblo elegido”; por tanto, a todos los pueblos debe llegar el anuncio de la salvación por medio de sus testigos. Estos no deben mirar al cielo, sino a la tierra; de ahí el “tirón de orejas” de los ángeles, invitando a toda la Iglesia a mirar a este mundo superando los espiritualismos y las falsas concepciones religiosas, tan piadosas como irreales y muchas veces hasta ridículas. El enviado ha de mirar al suelo y aprender a encontrar en él el cielo desde el que Dios nos llama, porque ya hemos dicho que Dios no se ha ido a lo alto de ningún trono, sino que ha ascendido a lo más íntimo de su propia creación, habitando entre nosotros como Espíritu dador de vida y de esperanza.

A los testigos siempre le acompañan signos, porque el verdadero Evangelio no son palabras huérfanas de hechos. Palabra y vida, mensaje y hechos son caras de la misma moneda. En este sentido, los signos que acompañan a los enviados son los siguientes:

- a) Echar demonios: El misionero no huye de los demonios, sino que les planta cara. A veces son demonios interiores y otras exteriores, pero en ambos casos el misionero ha de expulsarlos luchando contra ellos, no sólo con sus frágiles fuerzas sino con la fuerza que Dios ha puesto en sus manos. Hay muchos demonios en el mundo de hoy, como las incontables injusticias del mundo y nuestras propias fragilidades interiores. De ahí nace la necesidad tanto de la lucha social como de la espiritualidad personal que toda misión lleva consigo y todo misionero ha de cultivar. La ausencia de estas características nos hace permanecer mirando al cielo, como bobos, buscando a Dios en un cielo inexistente, fruto de nuestra propia imaginación, no de la realidad.
- b) Hablar lenguas. Este acto de comunicación supone construir puentes para la comunicación y el diálogo con gentes que hablan otros idiomas distintos a los nuestros. Hay muchos idiomas diferentes y muchas confusiones en la comunicación, de ahí el esfuerzo que el misionero ha de poner en entender y hacerse entender, no imponiendo las propias categorías, sino tratando de hacerse entender en las categorías del oyente. Es sin duda un “salir de uno mismo”.
- c) Beber veneno sin morir. Se trata de un signo inevitable. No es que al enviado le guste el veneno, pero vivir en este mundo lleva siempre consigo introducirse en las aguas sucias de este mundo, como parte del propio bautismo, para desde ahí no quedar sepultado bajo ellas, sino emerger con Cristo por el camino de vida que inauguró con su resurrección. Mezclarse con el veneno sin morir a su efecto; vivir entre serpientes e incluso mordido por ellas, sin convertirnos en una de ellas; vivir como corderos entre lobos sin aspirar a sobrevivir matando como uno de ellos. Esto no es posible sin la fuerza del que nos envía, sin su perdón ante las caídas y sin nuestra aceptación de su poder en nosotros.
- d) Imponer las manos a los enfermos. La debilidad, la pobreza, la marginación y el rechazo que los enfermos significaban en la época de Jesús, han de ser abrazadas como por sus herederos. Nuestras manos no deben abrazar otra cosa sino esas realidades últimas y olvidadas de todos si queremos realmente ser signos auténticos de la llegada del reino de Dios.

El otro momento es el de “creer y bautizarse”. No entra esto dentro de las posibilidades del misionero, sino que es responsabilidad del receptor de la buena nueva. Pero para creer primero hay que dejarse amar, y para bautizarse hay que asumir lo negativo de uno mismo, sumergiéndose en las aguas negras del propio pecado con los defectos, fracasos, problemas o dificultades que genera. No hay bautismo si se huye de uno mismo y no se acepta la propia realidad. Bautizarse supone aceptarse como se es; no es una huida hacia adelante, sino una aceptación de la propia fragilidad y de las derrotas, abriéndose así a la posibilidad de que Cristo, también derrotado por la muerte y el fracaso, nos rescate y nos sitúe en una vida nueva. En este sentido, no es lo mismo un bautismo sólo de agua, que cura por un momento, pero no remedia el origen del mal, que un bautismo en el Espíritu, que nos da la clave para superar de raíz nuestra mediocridad. Evidentemente no estamos hablando aquí de un bautismo meramente ritual o litúrgico, sino de lo que ello significa.

Vivamos la ascensión de Jesucristo en su justa dimensión, profundizando en el misterio que supone que haya subido a lo más bajo de nuestro mundo para desde ahí manifestar su gloria a través del Espíritu santo que nos alienta y anima.